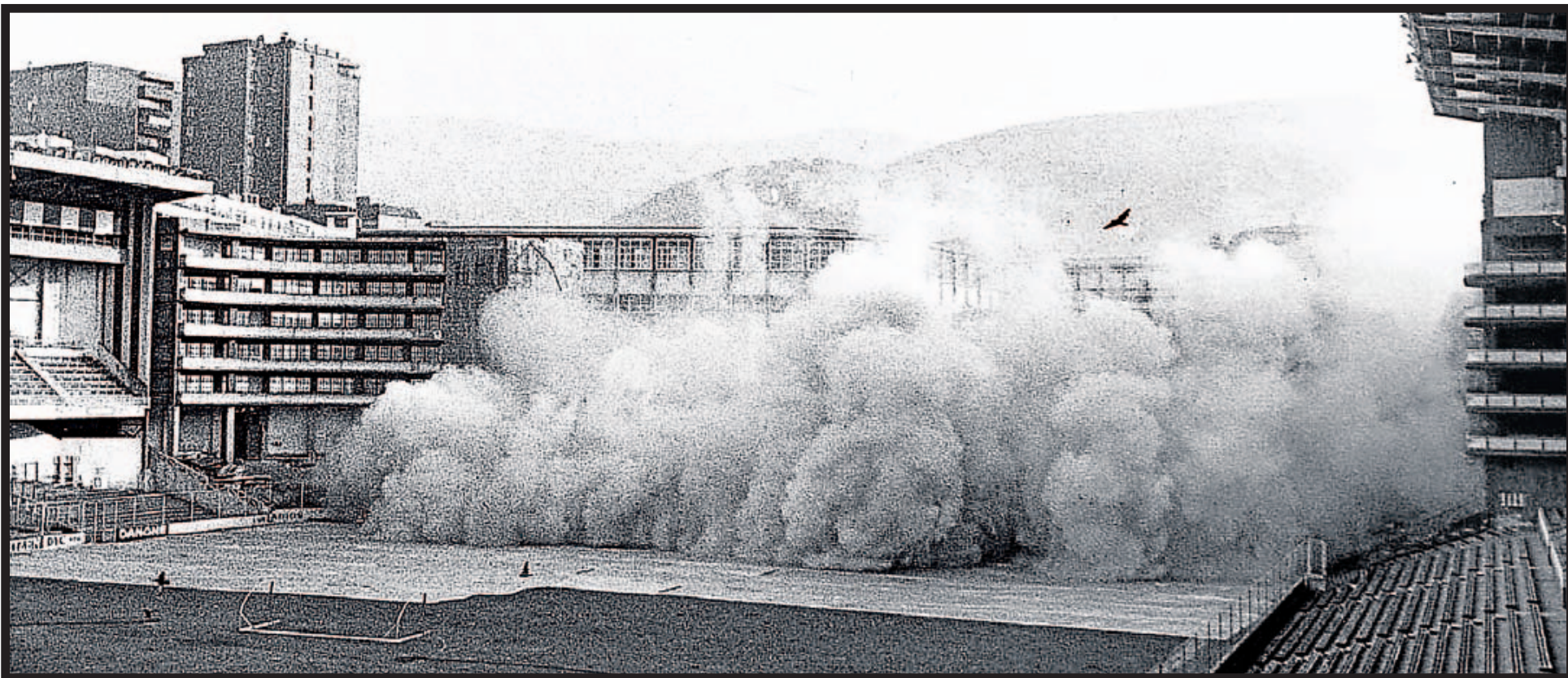


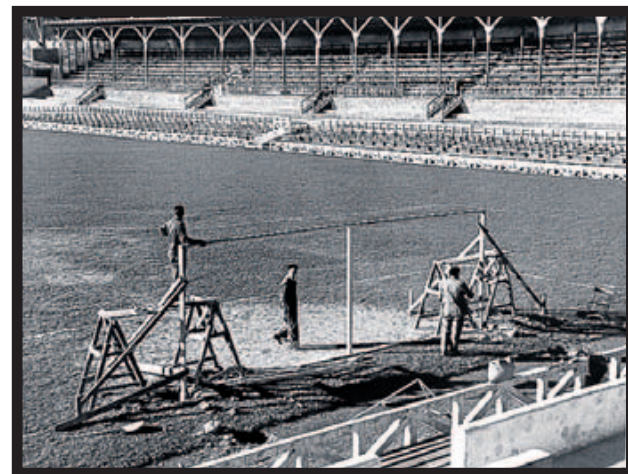
Obras del Mundial, 1981. Demolición de la Tribuna Sur en la última gran remodelación.



Años 40. Jugadores del Athletic ante el busto de Pichichi.



Un mito. A Mr. Petland se le homenajeó con un duelo con el Chelsea.



Cambio de postes, 1948. De los palos cuadrados se pasó a unos 'ovalados'.

do y ampliando una y otra vez a medida que se iba quedando pequeño porque los adeptos a la fe rojiblanca no dejaban de crecer. De hecho, el proyecto del nuevo estadio se empezó a plantear cuando se comprobó que el viejo estadio no permitía ya más ampliaciones y había miles de aficionados esperando su turno para hacerse socios. La propia construcción de San Mamés en 1913, de hecho, no dejó de ser una exigencia ciudadana. Y es que, en apenas diez años, el fútbol había pasado de ser en Bizkaia un pasatiempo un poco 'snob' con el que se distinguían los jóvenes burgueses de Bilbao a convertirse en una pasión popular que no dejaba de crecer y que ya provocaba grandes polémicas entre clubes y ciudades. Dos años antes de la construcción de San Mamés, el 21 de marzo de 1910, más de 3.000 hinchas se juntaron en la estación de Atxuri para recibir al equipo, que había ganado la Copa en San Sebastián. Al año siguiente, los rojiblancos volvieron a conquis-

tar el título y la celebración fue aún más multitudinaria. Dicho de otro modo: había un equipo y había una afición. Sólo faltaba el campo. Lamiako había dejado de usarse porque no reunía las condiciones adecuadas y Jolaseta, sencillamente, estaba en Getxo.

La directiva de Alejandro de la Sota fue receptiva al reclamo de los aficionados. No podía ser de otra manera teniendo en cuenta que el presidente rojiblanco y sus directivos eran los primeros en considerar el nuevo estadio una absoluta prioridad. De hecho, llevaban tiempo buscando un terreno propicio. En el otoño de 1912 encontraron lo que querían: unas campas que los herederos de don Pedro Novia de Salcedo tenían junto a la Casa de la Misericordia. A partir de ese momento, todo se precipitó. El club encargó el proyecto al arquitecto de moda, Manuel María de

Smith, y se puso a buscar financiación. No iba a ser una operación barata. El tesorero del club, Julio de Arteche, ya había hecho las cuentas: 89.000 pesetas. 39.000 para la compra de la finca y 50.000 para la construcción del estadio, que todavía no tenía nombre.

Prioridad

Alejandro de la Sota convocó a los socios a una junta extraordinaria el 10 de diciembre y les informó de todo lo relacionado con el nuevo campo: sus características –capacidad para 6.500 espectadores, 3.000 de ellos sentados en una bella tribuna de madera– y su modelo de financiación, que comenzaría con un empréstito de 50.000 pesetas que abrirían entre seis voluntarios: Julio Egusquiza, Luis Arana, Braulio de Urigüen, Alejandro Acha, Pedro MacMahon y Julio de Arteche. Luego serían los socios los que asumirían esas obligaciones, cuyo importe le sería devuelto a plazos y con un pequeño interés.

Uno de los pequeños tesoreros de la bella exposición sobre el centenario de San Mamés que se puede disfrutar en el museo del club es la carta original dirigida a Alejandro de la Sota con la que un socio del Athletic, Evaristo de Arbaiza, contestó a la petición de dinero que le había hecho el club. «Muy señor mío. Recibí la circular de ese club y me apresuro a contestarle que tratándose de nuestro querido Athletic, cuyo engrandecimiento tanto deseo, muy gustoso hago la donación de 1.408, 80 pesetas que figura como saldo a mi favor. Le saluda su afectuosísimo amigo y socio».

En apenas siete meses de obras, el nuevo estadio ya estaba construido. La inversión final fue de 89.061,92 pesetas, un dinero que todos los aficionados dieron por bien empleado nada más ver la nueva instalación. Y es que el

campo era una preciosidad, con su entrada noble, su tribuna de madera, sus gradas de hierba en pendiente y un césped magnífico, de simiente inglesa, que no existía en ningún otro campo de España. Para la inauguración se organizó un triangular que enfrentó, entre los días 21 y 23 de agosto, al Athletic, el Racing de Irún y el Sheperd's Bush de Londres. En el partido inaugural jugaron los dos clubes vascos. Los rojiblancos alinearon a un equipo que no tardaría en hacer historia de la mano de mister Barnes, el primer gran Athletic de la historia, el de Belauste y Pichichi. Rafael Moreno abrió el marcador ante los irundarras, que luego acabarían empatando, y se convirtió de esta manera en el autor del primer gol de la historia de San Mamés. Seve Zuazo también se ganó aquel día un lugar en los anales. Como le tocó hacer el saque de centro, fue el primer futbolista en poner un balón en juego en el estadio rojiblanco.

Fueron aquellos unos días excitantes para la hinchada.

El rey Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia presidieron el 23 de agosto el partido entre el Athletic y el Sheperd's Bush, el primero de un gran número de clubes extranjeros que han jugado amistosos en San Mamés; una tradición ya casi desaparecida pero que, durante décadas, fue una de las más arraigadas y sugerentes para la afición vizcaína. Lógico. Y es que sólo en esos partidos tenía la oportunidad de ver cómo se jugaba al fútbol en otros lares y comparar. De hecho, casi todos los grandes debates futbolísticos que se han suscitado entre los aficionados del Athletic han llegado después de las visitas de equipos extranjeros en fechas navideñas. Quizá la más famosa de todas, la que más ríos de tinta hizo correr, fuese la del San Lorenzo de Almagro el 5 de enero de 1947, pero la primera tuvo lugar meses después de la inauguración, los